

15
10
0



J. SELGAS
DELICIAS
DEL NUEVO
PARAISO

ESTUDIOS
SOCIALES

COSAS
DEL
DIA

4

PQ6565
.S4
D45
v.4



1020027374

864.6
Núm. Clas. 1463

Núm. Autor 33848

Núm. Adm. - 8 DE MAYO

Procedencia

Precio

Fecha

Clasific.

Catálogo



OBRAS DE SELGAS

IX

ESTUDIOS SOCIALES

IV

DELICIAS DEL NUEVO PARAÍSO.—COSAS DEL DÍA.



UNIVERSITARIA
"EYES"
REY, MEXICO

411

848



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DELICIAS
DEL
NUEVO PARAÍSO

RECOGIDAS AL VAPOR EN EL SIGLO DE LA ELECTRICIDAD

y

COSAS DEL DÍA

(CONTINUACIÓN DE LAS «DELICIAS DEL NUEVO PARAÍSO»)

POR

DON JOSÉ SELGAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID

IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL

Flor Baja, núm. 22

1887

100411

33848



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DELICIAS DEL NUEVO PARAÍSO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



INTRODUCCIÓN

Si la Providencia hubiese tenido por conveniente dejarnos elegir la época en que habíamos de nacer, no sé si hubiéramos elegido para venir al mundo la época presente; es muy dudoso; pero confieso con toda ingenuidad que, una vez aquí, en medio del siglo XIX, no debemos encontrarnos del todo descontentos, y aun creo que debiéramos estar contentos del todo, si pensáramos que, abandonado á nuestra elección el momento en que habíamos de nacer, probablemente habríamos elegido otro peor que éste.

Convengamos en que al fin y al cabo el siglo XIX es nuestro siglo, y no nos neguemos por pura hipocondría la viva satisfacción de haber nacido en el más grande de los siglos.

No siempre se presentan ocasiones tan favorables, y todo el mundo sabe que la fortuna es una

loca y que á la ocasión la pintan calva, precisamente para que nos veamos en la necesidad de cogér-la por un cabello.

Afortunadamente el siglo en que vivimos no tiene por ahora más jueces que nosotros, y, por lo tanto, podemos con toda seguridad despacharnos á nuestro gusto.

Nosotros, que tenemos los pies en este siglo y las manos en los siglos futuros; que vivimos hoy con lo que pueda haber mañana; que nos hemos adelantado á nuestro tiempo hasta el punto de ser una generación que se come muy tranquilamente el pan de las generaciones que no han nacido todavía, bien podemos, por la prodigiosa extensión que hemos dado á nuestros legítimos derechos, erigirnos en nuestra propia prosperidad. ¡Qué duda tiene!

Cualquiera que sea la razón en virtud de la que se haya concedido á las posteridades el derecho de juzgar definitivamente lo pasado, nosotros no podemos inclinarnos ante esas horcas caudinas sin exponernos á la contingencia de una quiebra que pudiera muy bien calificarse de fraudulenta.

Equivaldría á conceder á los contribuyentes el derecho de juzgar el caso enorme de los gastos públicos; sería hacer al marido juez del lujo de su mujer; sería, en fin, cerrarnos la inmensidad de ese gran bolsillo que se llama deuda, y que nosotros hemos sabido abrir por medio de esa llave maestra que se llama crédito. Crédito: he ahí la gonzúa lícita del siglo XIX.

Cada siglo representa un papel en la historia, y á nosotros nos ha tocado en suerte representar el papel de la deuda.

Detrás del derecho está el deber, como el anverso está detrás del reverso; y siendo indisputable nuestro derecho á gozar de la felicidad más completa, claro es que los que nos sucedan en el usufructo de la vida han contraído de antemano el deber de pagar la felicidad que hoy poseemos.

Hagamos á la posteridad juez de nuestro siglo, y nos exponemos á que nos proteste la cuantiosa letra que ya hemos girado contra los siglos futuros. Y bien: ¿entonces quién la paga?

¿Y qué testimonio puede demostrarnos mejor la excelente bondad de nuestro siglo que el testimonio vivo de nuestra propia dicha?

¿Qué género de sofismas podrán inventar las generaciones futuras para hacernos creer que esta felicidad es una desdicha, que esta grandeza es una miseria, que toda esta prosperidad es una pura trampa? ¡Y quién habría de creerlos, siendo ellos los que deben pagarlo!....

Sería tanto como hacernos creer que el gas no alumbrá, que la electricidad no habla, que el vapor no corre, que el dinero no vuela; equivaldría, en una palabra, á hacernos creer que nosotros no somos nosotros, que este siglo no es el siglo XIX.

No hablo con esas pobres gentes que viven perdidas en la soledad de los campos ó encerradas entre las cuatro tapias de sus humildes aldeas; que

en vez de pedirle á la tierra el fruto anticipado, le entregan anticipada la semilla; que en vez de gastar, ahorran; que en vez de gozar, trabajan; que en vez de ser grandes y poderosos, todavía se contentan con ser felices.

No hablo con esas gentes que, en vez de poner su confianza en un Banco, aún confían en el cielo; que tienen el trabajo por felicidad, los hijos por riqueza y el descanso por lujo.

Y no me atrevo á decir que el conjunto de todas esas gentes forman lo que se llama una gran mayoría, porque las mayorías todo lo pueden, y esas pobres gentes apenas pueden salir del día.

No hablo, pues, con ellas, porque, en rigor, no viven en nuestro tiempo; viven virtualmente lejos de nosotros, sin atreverse á pasar del umbral de nuestro siglo.

Hablo, digámoslo así, con nosotros, con los que vivimos en toda la plenitud de nuestro tiempo, en medio de estos grandes centros en que nos agitamos llevados y traídos por el incansable movimiento de la vida moderna.

Aquí es donde se ve el siglo en toda su majestad y en toda su gloria.

¿Quién, medio dormido en el regazo de su madre ó en los brazos de su nodriza, no ha oído contar alguna vez á la una ó á la otra las maravillosas delicias de la ciudad de Jauja?

¿Quién, dormido del todo y columpiado por el suave movimiento de esos brazos que Dios ha

hecho para dormir á los niños y para sujetar á los hombres, sintiendo en el alma la dulzura de esos besos que sólo las madres saben dar á sus hijos, no se ha visto transportado á la ciudad de Jauja?

En Jauja los ríos son de leche, las fuentes de miel, las casas de azúcar; Jauja es el paraíso de los niños. Pues bien: Londres, París, Madrid, son las Jaujas de los hombres, y los que no viven en Londres, en París ó en Madrid, no se puede decir que viven en el paraíso de nuestro siglo.

Aquí la felicidad nos sale al paso por todas partes.

Y no se crea que es esa felicidad ramplona que le pide al hombre virtud, que sólo está al alcance de las conciencias tranquilas, que puede poseerla el ignorante y adquirirla el pobre; no: se trata de una nueva felicidad, de la felicidad moderna, de esta felicidad que, en cambio de todos los goces, de todos los placeres, sólo nos pide oro.

Es esa felicidad que necesita saber que somos ricos para concedernos el don siempre apetecido de ser dichosos.

No es esa felicidad vergonzosa que se esconde entre las cuatro paredes de la casa, ocultándose en el seno tranquilo de las familias honradas, como la mujer honesta esconde á las miradas de los hombres sus más bellos encantos.

No es esa felicidad inalterable y fastidiosa que descansa en la confianza de la amistad, en la seguridad del cariño, que hace á nuestros ojos amable

la vida, que hace de una choza un palacio, de un pobre un rico.

No se trata de esa felicidad vulgar, acompasada como los movimientos del péndulo, regular como los latidos de un corazón sano, serena como un día sin nubes, tranquila como una noche sin tempestades.

No se trata de esa felicidad solitaria, que se alegra el día de la abundancia y se resigna el día de la escasez.

No es esa felicidad sin gloria, sin ruido, sin celebridad, ignorada muchas veces hasta por los mismos que la disfrutan, la felicidad tumultuosa, arrebatada, deslumbradora y magnífica que nuestro siglo nos ofrece.

Aquí, donde detrás de cada esquina nos espera un placer; donde las mujeres más hermosas del mundo se disputan nuestras miradas; donde no hay calle sin café ni café sin teatro; donde los más maravillosos espectáculos nos arrastran, envolviéndonos en el torrente agitado de la concurrencia; donde no hay día ni noche; donde una eterna primavera mantiene en esplendor constante la seda y el oro, el mármol y el bronce, los encajes y las perlas, el terciopelo y los diamantes.

Aquí, donde la miseria está prohibida y sólo se la consiente cuando canta y baila en medio de las plazas públicas, mezclando los gritos y las contorsiones de su felicidad á las convulsiones y á los gritos de la común alegría.

Aquí no hay deseo ni apetito que no se satisfaga.

Las fondas, los cafés, los teatros, los palacios, los garitos, las cárceles y los casinos, harían inútiles las casas, si no fueran absolutamente indispensables para formar las calles.

El placer nos tiende los brazos, la opulencia nos llama, la felicidad nos grita, el paraíso de la tierra nos abre de par en par sus puertas suntuosas, convidándonos á todos los deleites de la vida. Éramos hombres, y nos hemos hecho dioses; entremos, pues, en nuestra propia casa.

